

# Fotografía

Ideas

Literatura

Arte

Escenarios

Agenda

Multimedia

ARTE Fotografía 03/12/10

## Horacio Coppola: Como si viera por primera vez

Marcos Zimmermann conduce un recorrido por los hitos de la biografía y la producción de este mito viviente de la fotografía argentina, desde sus colaboraciones con la Bauhaus a la génesis de sus célebres retratos de Buenos Aires. “La fotografía no necesita mucha técnica –define Coppola–, Lo que importa es la cabeza y el ojo”.

Por Marcos Zimmermann

Imágenes



CALLE CALIFORNIA. Vuelta de Rocha, La Boca, 1931.

1 de 3

Etiquetado como: Horacio Coppola

Si ya es difícil hacer un reportaje a un maestro de la fotografía como Horacio Coppola que tiene 104 años de experiencia en este mundo y más de 80 como fotógrafo, lo es aún más si quien lo entrevista es otro fotógrafo que admira enormemente su trabajo y sólo consigue empalidecer frente a la idea de reportear a este mayor (en el sentido más amplio de la palabra) que logró que sus fotografías atravesaran casi un siglo y sigan siendo todavía modernas.

Pero todo se complica aún más si el improvisado reportero –yo, en este caso– se encamina en realidad hacia el primer reportaje que va a realizar en su vida y, además, lleva en su mochila un grabador chino que ha adquirido el día anterior especialmente para la charla, del que sólo ha aprendido a accionar las teclas “on” y “rec”, y que sólo logra detener extrayéndole de cuajo las pilas. Mientras tanto, apoyado en la calma que da el tiempo, Horacio Coppola espera al fotógrafo devenido entrevistador en su departamento de la calle Esmeralda, sin agitarse en lo más mínimo. En efecto, cuando llego, está sentado en un cómodo sillón clásico, luciendo un elegante pañuelo al cuello que le confiere un cierto aire de príncipe. A su alrededor, la casa está repleta de recuerdos: muebles, arañas, cuadros, libros y un piano que no suena desde que Raquel, su esposa, murió. Pero Coppola da la sensación de convivir naturalmente con este y otros hechos que pertenecen a un tiempo que el fotógrafo guarda en algún lugar de su memoria y saca a pasear de vez en cuando.

Al rato de estar con él, uno se da cuenta de que Coppola es uno de esos viejos deliciosos y envidiables. Mientras miramos juntos sus libros, cada nueva imagen enciende su mirada,

Recomendar 8

3

tamaño a+ a-

enviar

imprimir

### Lo último en Ñ

Los reality shows de la violencia

Esta semana en Revista Ñ

Horacio Coppola: Como si viera por primera vez

Esta semana en Revista Ñ

Tras las pistas de Julian Assange

### Ñ en Twitter

jSteve\_MD RT @ontobelli: Richard Stallman: "WikiLeaks es un modo de resistencia contra estados que odian nuestras libertades" <http://is.gd/ifwLv> #cablegate 2 horas atrás

DarkFolken RT @ontobelli: Richard Stallman: "WikiLeaks es un modo de resistencia contra estados que odian nuestras libertades" <http://is.gd/ifwLv> #cablegate 2 horas atrás

nickcis RT @schuschny: Richard Stallman: "WikiLeaks es un modo de resistencia contra estados que odian nuestras libertades" <http://kcy.me/195l> via @revistaenie about 1 hour ago

esnaer17 Richard Stallman "Wikil eaks" [twitter](#) Seguinos

### Recomendados en Facebook

Entrar Tienes que estar conectado(a) en Facebook para ver las recomendaciones de tus amigos.

Los reality shows de la violencia 61 personas compartieron esto.

Fármacos sin límite 98 personas compartieron esto.

Jon Lee Anderson: "Me incomoda ver cómo nuestros diarios se convierten en filtros para filtraciones" 72 personas compartieron esto.

Horacio Coppola: Como si viera por primera vez 58 personas compartieron esto.

Plug-in social de Facebook

una muestra de cómo palpitan aún su interés por el mundo y su corazón de artista. Durante la entrevista este maestro de la imagen recorre una a una sus propias fotografías y disfruta de un viaje en el que me guía, a veces atravesando lugares misteriosos o arcanos y, a veces, mundos más próximos. Pero, si bien es cierto que su memoria tiene pequeñas fallas, es evidente que su interés por lo que lo rodea está completamente intacto, como si cada nueva fotografía gatillara un recuerdo que sólo él conoce. Y como si, en su obra, cada clic le bastara para desatar un mundo.

Infatigable observador de la realidad, Coppola puede resumirse en las palabras con las que él mismo definió su trabajo: “Desde mi ventana –viendo con ansia y maravilla– miro lo real iluminado: encuentro –desde un punto de vista dado– una imagen, por así decirlo, de mi mundo propio. Cuando de los infinitos puntos de vista posibles desde mi ventana, elijo ése que es para mí el más esencial y revelador de lo real, del presente. Ahora, con la cámara fotográfica, me posesiono de esa imagen: soy fotógrafo”.

Lo cierto es que, a cada vuelta de página de sus libros, Coppola se sumerge en sus fotografías como si fuesen ajenas; casi como si fueran el mismísimo mundo real. En efecto, si uno repasa su obra fotográfica o si observa los filmes (porque ese primer Coppola iba y venía del cine a la fotografía con una ductilidad que pocos poseen), encuentra detrás de cada imagen al mismo Coppola: al artista que testimonia con pasión el mundo que lo rodea. Quizás sea sólo su primera película de tres minutos, Traum –“en español, sueño”– (una extraña mezcla de El gabinete del Dr. Caligari, de Wiene, con Un perro andaluz, de Buñuel), además de las fotografías realizadas durante la Bauhaus y algunos de sus experimentos visuales en color, el único momento de su larga carrera en que Coppola abandona el mundo verdadero como objeto de su trabajo, para aportar una visión experimental.

Tal vez la clave de su vigencia sea su capacidad para dejar entrar de lleno mundo y época en su obra, de modo natural. Porque ni sus experimentos más locos (como por ejemplo sus tomas color con cucharas y tenedores deformados dentro de vasos o la famosa “máquina de escribir desnuda”) dejan de tener alguna relación directa con lo que lo rodeaba. Así, logra ser mucho más moderno que tantos jóvenes fotógrafos de hoy. Y, por supuesto, más esencial.

### ¿Qué es para usted una buena fotografía?

Es la imagen completa, que contiene la realidad y su propio mundo.

Enseguida calla, se hace otro silencio. Extiendo entonces frente a Coppola Imagem, antología fotográfica 1927-1994, el libro editado por el Fondo Nacional de las Artes y por el propio sello que Coppola creara: Ediciones de la Llanura; un libro que contiene todo su ideario sobre la fotografía, uno de cuyos ejemplares, este que le muestro ahora me dedicó años atrás. El lo toma, lo escruta, acercándolo a su rostro. Y ahora es él quien hace su primera pregunta: ¿Este libro lo hice yo? ¿Este es todo mío? ¡Todo! –respondo.

¡Uhhhhh... me había olvidado! –comenta asombrado.

Tiene derecho, pienso. Algunas de las fotografías que lo integran las hizo hace bastante más de 70 años. El mismo Coppola había dado una explicación anticipada a su actual desconcierto, al mencionar en ese mismo libro una frase de Picasso que le refirió Jean Cocteau: “Entre los cinco y los siete años se está en su plena forma. En adelante uno se prolonga”. Los nervios que me ataban comienzan a ceder. Me encuentro en el mismo bando de Coppola: el de los prolongados.

Pero esa vida prolongada de Horacio Coppola está repleta de hechos ricos y bellos. Desde sus años de infancia, el descubrimiento de mirar (del latín: mirare: “ver con maravilla y con ansia” –dice él mismo en el libro) aparece con fuerza.

### ¿Cuál fue su primer recuerdo visual? –pregunto.

Me relata que, cuando era niño, cada noche acompañaba a su padre a cerrar la puerta de calle. Pero luego se demoraba allí un poco con una excusa cualquiera y, escondido detrás de los visillos, observaba la vida del bar que había frente a su casa; como si ése fuera su cinematógrafo privado. “Mi aventura primera: mirar por las rendijas la perspectiva

geométrica de mesitas, tacitas blancas, los perfiles de siluetas negras de espaldas y con sombreros. En el fondo, una ventana. En ella gesticulaba la vida su mágico claroscuro devenir”, había escrito en el libro.

Son esa amplitud de corazón y esa realidad siempre escurridiza las que se ven palpar hoy detrás de su mirada tierna y aguda al mismo tiempo. Las mismas que le transmitió su familia de artesanos italianos cálida, numerosa y de trabajo, envuelta desde siempre en las redes del arte. Primero fueron sus lecturas de La Ilíada , La Odisea y todo Shakespeare, impulsadas por un hermano escritor. Después vinieron Estanislao del Campo, Ascasubi, Martín Fierro y tantas otras. Pero, entre todas, cobra importancia extrema La Divina Comedia , completada casi sólo para mirar los grabados de Doré, cuyas imágenes continuaron flotando largo tiempo en su cabeza de jovencito, mientras veía pasar el mundo diariamente por la calle desde el balcón de su casa de Corrientes entre Bermejo y Ecuador. Tal vez fue entonces cuando se anudó esa gracia de combinar el universo propio con el ajeno y de alimentar a ambos, entrelazándolos, sin violentar ninguno. Quién sabe. Lo cierto es que fue su hermano Armando, quien le brindó la herramienta para poder expresar esos universos: la fotografía.

A los 21 años se asumió cabalmente fotógrafo. Sucedió en 1927, después de revelar sus primeras fotografías: una de una estatua de Voltaire que anidaba desde siempre en su alcoba y otra titulada “Mi mundo propio”, de unas reglas durmiendo en el fondo de un cajón abierto del escritorio de su padre. Ambas fotografías fueron hechas con la misma primitiva pasión que sobrevuela un curioso autorretrato de esa época, realizado sólo con unos vidrios de anteojos y luz, que hasta el día de hoy Coppola no puede explicar cómo llegó a plasmar.

Luego, comienzan sus viajes. A los 24 años el primero, impulsado por Alfredo Gutierrez, a quien Coppola había enviado una larga carta comentándole su muestra en Amigos del Arte, en Buenos Aires. Italia, Alemania, Francia y España lo deslumbran desde diciembre de 1930 hasta mayo de 1931, cuando vuelve a Buenos Aires con su primera cámara Leica.

Coppola no necesitó nunca “huir” de la realidad para hacer arte. Al contrario, casi toda su obra, incluidas dos de sus películas, Un muelle del Sena y Un domingo en Hamstead Heath , confirma esa ligazón con el mundo, que la impregna. Eligió el lado más cercano, más cotidiano. Así, desde las tomas de gente común que hizo por las calles de Londres o París hasta aquellas antológicas de Buenos Aires –una ciudad que a primera vista debía ser difícil de imaginar como material de arte en aquellos años 30, cuando fueron hechas–, esos trozos de realidad de todos los días, digo, se transforman mágicamente en manos de Coppola, en obras de arte exquisitas que, al mismo tiempo, no dejan de ser testimonios. He aquí la sagacidad de Coppola: su naturalidad trascendente.

La inquietud juvenil de Coppola no cesa. En un nuevo viaje que hizo a Berlín en 1932, sin saberlo, pasa a formar parte de la historia del arte del siglo XX. “El arquitecto Ludwig Mies Van Der Rohe está completando, aquí en Berlín, la instalación de la Bauhaus. Te presentaré a Grete Stern, alumna en Dessau”, le dijo un amigo del filósofo Luis Juan Guerrero que encontró en Alemania.

Las casualidades lo guían. Grete le hace conocer a su vez a Walter Peterhans, matemático y fotógrafo que dirigía el Departamento de Fotografía creado por Laszlo Moholy Naghy en la Bauhaus. Allí realiza un trabajo de atelier con Peterhans, a quien Coppola señala como uno de sus grandes guías: realiza dieciocho fotos (“estudios de construcción”) con una cámara 9 x 12. Aunque al poco tiempo los nazis clausuran aquel departamento, algunas de esas imágenes pasarán a formar parte del importantísimo movimiento “Nueva Objetividad”, nacido en esa época en Alemania y que sepultó para siempre el expresionismo romántico en fotografía. También se inicia en el cine, en el Estudio Cinematográfico Tempelhof. Pero la llegada de los nazis al poder frustra su continuidad, por lo que en diciembre de 1933 parte hacia Londres junto con un grupo que integran Grete Stern, Ellen Rosenberg y Walter Auerbach. En aquel Londres de 1934 retrata a Chagal y a Miró. Nacerían, también de ese viaje, las series de grafitis, de fotos callejeras y de ciegos, de la cual “Mr. Nobody” se erige como la foto insignia.

Cuando ese año vuelve a Buenos Aires con Grete, Victoria Ocampo le ofrece la sala de Sur para que expongan juntos su trabajo. Coppola comienza a fotografiar Buenos Aires,

por encargo –ahora directo– de la Municipalidad. De este ensayo resultará el libro Buenos Aires 1936 , que presentan Alberto Prebisch e Ignacio Anzoátegui, el año en que el artista cumplía 30.

–Mis imágenes del río a la pampa recorren el tiempo de la ciudad– dice Coppola en referencia al trabajo y me muestra un ejemplar que está dedicado a Raquel, a cada uno de sus hijos “...y a la ciudad donde somos felices”.

En 1937 realiza con Grete Stern un maravilloso film de 16 mm titulado Así nace el Obelisco y también un libro sobre los huacos en el Museo de La Plata y otro sobre la ciudad: La Plata a su fundador . Después vive en Villa Sarmiento y en un rincón de Muñiz, dejando la ciudad por un tiempo y “plantando árboles”, según cuenta. Un día lo fascina la obra del escultor brasileño Aleijandhino, viaja a Minas e invierte todo su dinero en hacer un libro que resulta un enorme fracaso económico. Pero una vez más el tiempo, ese aliado eterno de Coppola, interviene y se encarga de retribuirlo. Las obras del Aleijandhino estaban hechas de piedra jabón y, con el paso de los años, se deshacen. Hoy, las fotografías y el libro de Coppola son el único testimonio del trabajo de aquel particular escultor.

En 1959 se casa con Raquel Palomeque y la fotografía en color entra en su vida.

¿El color? Seducción, encanto, aderezo de la forma– dice.

### **¿Fotografía blanco y negro o color?**

Cada una de ellas tiene su encanto– me responde y deja abierto un panorama más amplio que el que yo imaginaba.

En esos años arma su primera retrospectiva: “Imagemas” y “Viejo Buenos Aires Adiós” en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires.

De allí saldría algunos años después el libro homónimo. Llegan luego varias exposiciones en el exterior: Austin, en los Estados Unidos; un ensayo “Arte virreinal en México y Guatemala”, que integra fotografías suyas y textos de Raquel; Grecia. Durante los años 70, pasan por delante de su cámara Juan Francisco Giacobbe, Amancio Williams y Jessye Norman, entre otros.

En los años 80 funda el grupo Imagemas, que intenta formar fotógrafos con “un planteo conceptual riguroso y el consecuente actuar según una justa disciplina técnica”. Podrían mencionarse decenas de otros hechos de la vida de este artista, como la inmensa muestra “Horacio Coppola, fotografía” organizada por la Fundación Telefónica en Madrid, en 2008. No hay duda, el mundo de Coppola es vastísimo. Basta recorrer su obra para sentirse delante de un artista con una vida riquísima y honda, fundada en trabajo, lecturas, discusiones con artistas de otras disciplinas y debates teóricos y hasta filosóficos sobre la fotografía.

Intento la última pregunta:

### **¿Cómo cree que va a ser la fotografía en el futuro?**

Coppola sonríe.

No tiene que ser distinta de lo que es ahora. No necesita mucha técnica porque está realizada por un aparato. Lo que importa es la cabeza y el ojo– concluye.

¿Sabés que me había olvidado de este libro...?– dice enseguida, mientras observa el magnífico catálogo titulado Los viajes , realizado recientemente por la galería Jorge Mara y por el Círculo de Bellas Artes de Madrid, con motivo de su última muestra. Y, sin querer, o quizás conscientemente, añade en este último comentario a primera vista inconexo una explicación mucho más honda a mi pregunta, al poner de manifiesto la relativa importancia que tiene el tiempo para alguien que lo transitó largamente y, a la vez, el valor de una de las cualidades más esenciales de la fotografía: su capacidad de testimoniarlo.

Durante el rato que lo visité pude vislumbrar en Coppola una clara sensación de profundidad y completud de la vida, y alcancé a atesorar de él algunas frases y

sensaciones: más que suficiente para un novato como yo en el *metier* del reportaje. Pero en un momento de la charla lo sentí cansado. Entonces guardé el pequeño grabador chino y me despedí, agradeciendo muy especialmente la deferencia y la calidez con que fui recibido.

Ya era tarde y me fui caminando despacio por Buenos Aires, recordando algunas de las fotografías de Coppola. Apenas entré en casa, apoyé la mochila en el sofá del living y fui hasta la heladera a tomar un vaso de agua. De repente, escuché una voz que venía del sillón. ¡Meericé! ¿Sabe una cosa Zimmermann? –dijo la voz del maestro Coppola desde adentro de la mochila. Yo escuchaba absorto, maravillado.

Todas estas fotos y estos libros, los veo como algo nuevo... ¡Como si los viera por primera vez! Después hizo silencio. Por algún extraño motivo, una endemoniada tecla del grabador chino se había accionado sola. Y como si Coppola tratara de reafirmar una vez más su asombro ante la inmensa memoria que encierra su trabajo, enseguida exclamó desde la mochila: ¡No deja de abrumarme lo que he hecho! Recién entonces comprendí que, mientras nos despedíamos, el joven Coppola se había subido subrepticamente a mi mochila con sus 104 auestas, para dar otra vuelta por Buenos Aires y despuntar su vicio de flâneur, de caminante andariego, para vagar por las calles de aquel mundo que había visto por primera vez a través de las rendijas de la puerta de su casa de infancia. Un mundo que luego supo capturar como nadie, de modo sencillo, directo, real, afectuoso y verdadero. Para devolvernos después este otro mundo coppoliano que, gracias a sus fotografías, hoy es también de todos.

---

[Ediciones anteriores](#) | [Edición impresa](#) | [Rss](#)

*Copyright 1996-2010 Clarín.com - All rights reserved - Directora Ernestina Herrera de Noble* | *Normas de confidencialidad y privacidad*

[Diario Clarín](#) | [Diario Olé](#) | [Diario La Razón](#) | [Biblioteca Digital](#) | [Publicidad](#) | [Grupo Clarín](#) |